

El Tercer Testamento

Un asunto de Cábala y Alquimia

John Tyrson

Mucho se ha escrito sobre el origen de la Kabbalah –o Cábala– abarcando desde los datos estrictamente históricos, que la sitúan en España en el siglo XII al XIV, pasando por las tradiciones orales que se remontan a los Siglos II a.C. al II o III d.C., o bien las historias donde la tradición y las Escrituras se mezclan en zonas que alcanzan al mito. Es así que se le atribuye el origen de la Cábala al conjunto de conocimientos entregados al propio Adán. En tanto, otras versiones dicen que fue transmitida a Abraham y también al propio Moisés sobre el monte Sinaí cuando recibió las Tablas de la Ley. En cualquier caso, parece que este conocimiento fue transmitido varias veces, y veremos que hoy día se sigue haciendo bajo las condiciones del mundo moderno.

A efectos de nuestro planteo nos ubicaremos en un tramo de la Tradición al cual refieren las Escrituras: la coordenada a la cual nos estamos refiriendo es cuando el Rey Melquisedec inició a Abraham con una ceremonia especial efectuando un ritual con pan y vino, lo que hoy se conoce como la eucaristía. (Génesis 14, 18-20). Más sobre Melquisedec se puede leer en “El Peregrino de la Rosacruz”, de Phileas del Montesexto, Capítulo IV.

Cábala significa “recibir”, o bien, como otros expresan, significa “tradición transmitida”. En cualquier caso es un conocimiento que se transmite “de boca a oído”, como dicen los antiguos maestros.

¿Qué fue lo que recibió Abraham de Melquisedec? La “letra muerta” nos habla de pan y vino, el significado que esto ha adquirido a través de las enseñanzas de Jesús fue de “el cuerpo y la sangre de Cristo”, en una identificación de quien recibe con el propio Jesús, incorporando su pasión y propiciando la posterior resurrección. Una transubstanciación, un acto de magia ceremonial donde se incorpora al egrégor del Cristo.

Cabalísticamente hablando recibe los dos principios originales que propiciaron la Creación. Del análisis de estas tres interpretaciones podremos comenzar a comprender la Cábala. Y muchas cosas más.

La escritura hebrea emplea solo consonantes; para quien lee un texto hebreo, el mismo carece de sentido, es “letra muerta”. El intérprete introduce las vocales y da sentido a ese texto, incluso puede tener diferentes sentidos dependiendo del tipo de vocales y su ubicación. Y finalmente, existe otra interpretación más profunda, de carácter trascendental, que se transmite boca a oído. De allí que en el judaísmo existe la Torá escrita y la Torá sobre la boca.

Comparándolo con las Escrituras, la letra muerta es el Antiguo Testamento, que nos da un conjunto de preceptos morales y una historia. El Nuevo Testamento introduce el significado espiritual y aplicado de todo esto. Y el verdadero significado de todo ello, lo que está oculto y se transmite boca a oído es la Cábala.

Veamos un poco más cada una de estas divisiones.

El Antiguo Testamento, como mencionábamos, incluye la Torá, compuesta por los cinco primeros libros donde se relata el origen y se establecen las leyes y preceptos que deberían regular la vida del pueblo de Israel. Contiene además los libros de los profetas con sus visiones y anuncios, y los libros poéticos, los Salmos, los Proverbios y el Eclesiastés, donde se exalta la relación del hombre con la Divinidad. Esta “letra muerta” tiene su significado trascendente en el cual, entre otras cosas, se anuncia la venida del Mesías y tiene su significado oculto, su Cábala. Es así que libros como el Génesis, Ezequiel, Daniel, etc., adquieren significados sorprendentes al ser considerados cabalísticamente. Y son, por lo tanto, objeto de enseñanza específica.

Con el Nuevo Testamento, Jesús hace carne en el anuncio de la venida del Mesías y deja una serie de enseñanzas morales –incluso el nuevo mandamiento “amarás a tu prójimo como a ti mismo”– y de parábolas cuya interpretación nos lleva a integrar el sentido de la “buena nueva”, o Nuevo Testamento.

Pero, ¿cuál es la Cábala oculta en el Nuevo Testamento? El nacimiento del Hijo del Hombre...y cómo propiciar esta experiencia.

Jesús nunca dice claramente a qué se refiere con esta frase, así como tampoco aclara qué son las “aguas de la vida”, ni niega expresamente ser “hijo de Dios” y ni siquiera menciona el nombre de Jehová. Sí menciona que a través suyo se llega “al Padre”. Y sorprendentemente Juan el Bautista menciona, que si bien él bautiza con agua, cosa que hacía en el Jordán, llegará aquel que “bautizará con fuego”. ¡Y se refiere a Jesús!

¿De qué cosa se está hablando con todo esto? Lo veremos más adelante. Antes debemos plantearnos otro ángulo de la vida de Jesús. ¿Era Jesús un cabalista?

Sin dudas que conocía perfectamente las Escrituras, al punto que siendo un adolescente discutía a la par con los maestros. Y sus desavenencias con el Sanedrín eran precisamente a partir de su interpretación de estas escrituras. Podemos pensar que era, sí, un Maestro en aquello que con los siglos se llamó Cábala, y que transmitía esa Tradición que, como establecimos, se remonta a Melquisedec. Jesús era un sacerdote de la Orden de Melquisedec, así lo menciona expresamente el Apóstol Pablo en Hebreos 5:10. Y siguiendo el ritual de Melquisedec, durante la última cena instauró la ceremonia de la eucaristía, con pan y vino, al igual que hizo Melquisedec con Abraham.

Sin duda podemos atribuir a Jesús el carácter de Maestro transmisor de una tradición que se remonta al Rey Melquisedec y a Abraham, una Tradición que con el tiempo se llamó Kabbalah, y que hoy castellanizamos como Cábala.

Pero esa ceremonia también tiene su significado cabalístico. Jesús mencionaba que ese pan y ese vino eran su cuerpo y su sangre, e ingiriéndolos se producía la identificación con aquel a través del cual se llegaba “al Padre”. Su significado cabalístico es el que identifica ambos elementos con los principios originales de la creación: lo femenino y lo masculino, la materia y el espíritu, Forma y Fuerza, o Biná y Jojmá respectivamente. Las dos potencias que dieron lugar a la Creación.

Ese Maestro cabalista fue el protagonista principal del Nuevo Testamento, y fue quien en forma

velada nos introducía en otra operación íntimamente ligada con la Cábala y que sería también mencionada por sus principales seguidores. Ese Maestro a quien llamaban el Cristo, nos llamaba al nacimiento del Hijo del Hombre, un concepto que era mucho más antiguo y que provenía, seguramente, del antiguo Egipto.

La Cábala siguió su viaje de boca a oído y llegó así a fines del Siglo XV, donde un joven genio logró conjuntar en el cristianismo las tradiciones de oriente y occidente. Era Giovanni Pico della Mirandola, y con él nació la Cábala cristiana.

No podía ser de otra forma, observando el Árbol de la Vida no podemos dejar de ver la correspondencia entre Jesús y la sexta Sefirá, Tifaret, ubicada en el centro del Árbol, como una instancia imprescindible para articular los mundos superiores con los inferiores, en el Pilar del Medio, para poder alcanzar “al Padre” Kéter.

Y más aun, en el Árbol se puede ver hasta la Santísima Trinidad y el descenso del Espíritu Santo; y estudiando su dinámica se puede comprender mucho del cristianismo. Y de toda otra religión y panteón de dioses.

La Cábala explica la Creación y la creación del hombre, la Cábala tiene una ética que consiste básicamente en dar para recibir, en restringirse para que entre la luz, y su estudio profundo ofrece una dinámica para invocar el descenso de la Divinidad, para ascender hasta ella... y para producir milagros. Como se cuenta que lo han hecho muchos cabalistas a lo largo de los tiempos. En este trabajo no debemos entender la Cábala como el conjunto de conocimientos y filosofía que se entiende hoy día en los libros especializados, sino como todo el conjunto de la Tradición recibida, aun a lo largo del Nuevo testamento. Una Tradición que se remonta a los Antiguos Misterios, a los Templos de Mitra, una Tradición que abarca las escuelas iniciáticas de oriente y occidente. Y que nos habla de la transformación del ser humano.

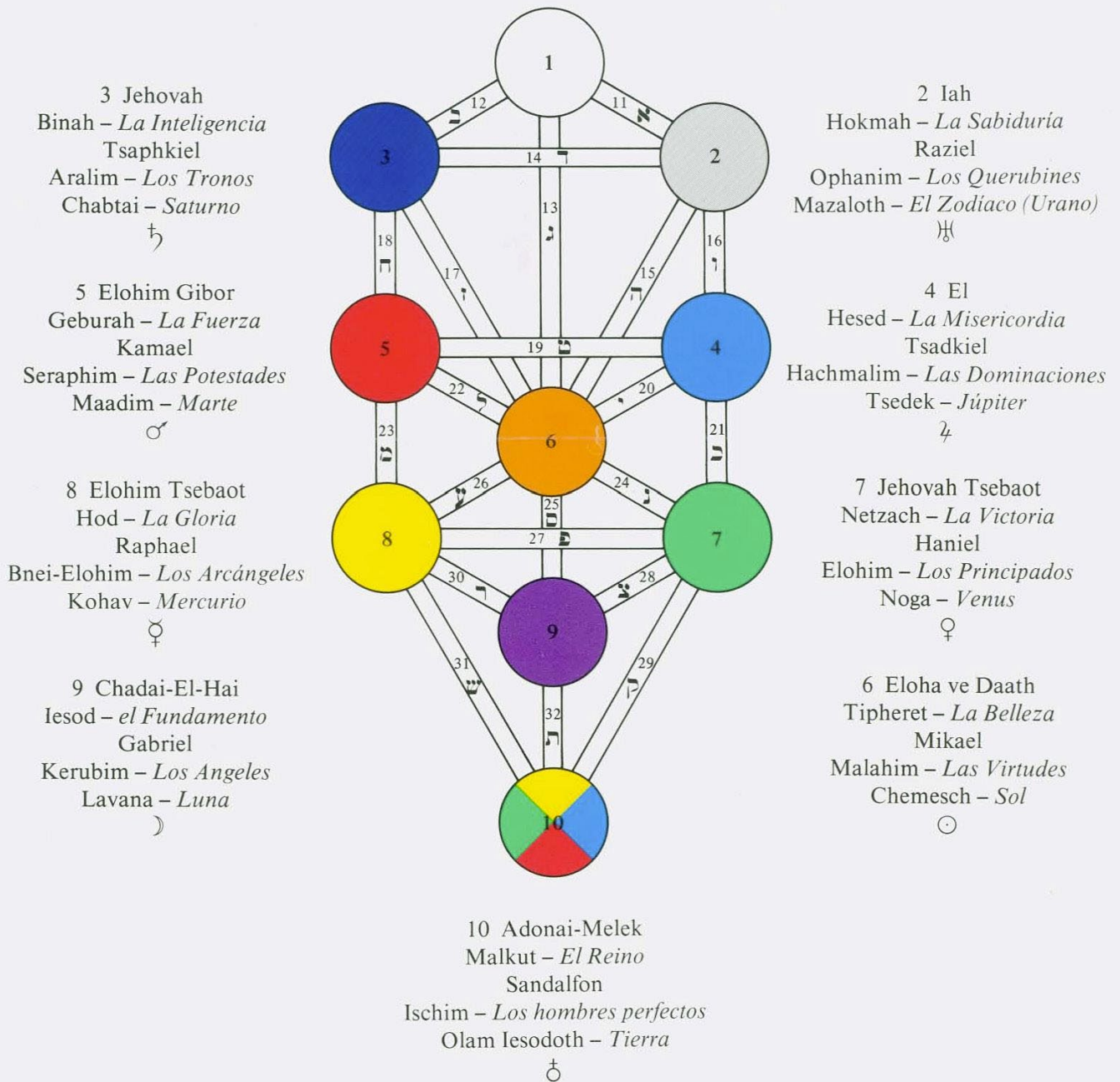
Pocas dudas podemos albergar en cuanto a la condición de Maestro cabalista de Jesús, llamado el Cristo, sacerdote de la Orden de Melquisedec. Seguramente no ha dicho ni hecho todo lo que dicen que dijo e hizo –los evangelios fueron escritos en los primeros cien años después de su muerte por grupos de seguidores que hacían su propia interpretación– pero seguramente ha dicho y hecho mucho más de lo que la Biblia relata. Debemos leer entre líneas, debemos consultar otros evangelios, hoy llamados apócrifos. No obstante, obtendremos mucha más claridad y podremos penetrar más profundo en las enseñanzas si consideramos los dichos y hechos de Jesús, no como lo dicho y hecho por un “Jesús histórico”, sino por aquel que encarnaba en forma consciente el egrégor del Cristo, un antiguo concepto que también veremos al hablar de la Alquimia y que se encuentra perfectamente identificable en el Árbol de la Vida. También en la sexta Sefirá, por supuesto.

Vayamos ahora a otro hito del Nuevo Testamento. Cuando Jesús se despide definitivamente de sus discípulos, luego de la instancia de la resurrección, les anuncia que no estarán solos, que los deja con el Espíritu Santo. Y así fue que en el día de Pentecostés lenguas de fuego descendieron sobre los Apóstoles y les fue conferido el poder de la palabra, de curar enfermos y de hacer milagros. (Hch 1:8 y 2:1-4). Fueron bautizados con fuego, tal como anunció Juan el Bautista.

Una nueva era comenzaba para quienes buscaban su elevación espiritual, un nuevo legado había

ÁRBOL DE VIDA

1 Ehieh
Kether – *La Corona*
Metatron
Hayot Ha-Kodesch – *Los Serafines*
Reschit Ha-Galgalim – *Los primeros torbellinos (Neptuno)*
⚔



dejado aquel Maestro Cabalista. El trabajo con el Espíritu Santo, el trabajo interior. Habían pasado los tiempos de los profetas del Antiguo Testamento, había pasado la época del Mesías, del Maestro cabalista. Ahora éste había legado las enseñanzas de un trabajo a ser realizado por cada uno hasta lograr el descenso del Fuego. Era la Alquimia, el trabajo interior, en sí mismo. El Tercer Testamento.(1)

¿Era Jesús un alquimista? Para poder responder a esta pregunta y comprender qué tiene que ver el fuego en todo esto hablemos un poco sobre la Alquimia.

La Alquimia es una antícuísima disciplina, conocida como el Arte hermético, que se atribuye al dios Toth cuya versión greco-egipcia es Hermes Trismegisto. Su origen por lo tanto pertenece al tiempo del mito, a los orígenes. Seguramente pasó de los egipcios a los griegos y se extendió por todo el oriente. No sería demasiado aventurado situar su aparición en la misma época y zona del mundo, en que le fue entregada la Cábala a Abraham...

El legado de Hermes, que comprende la Alquimia, alcanza a Europa en la Edad Media cuando en el Siglo XVI Cosme II de Médici fomentó su estudio.

Mucho se puede abundar sobre la apasionante historia de la Alquimia, y un poco más mencionaremos más adelante, pero vamos a la consideración de este Arte en sí mismo.

La Alquimia la podemos ver bajo tres aspectos.

El primero de ellos, la Alquimia de la vida, es la casi siempre ignorada epopeya que experimenta toda persona en su vida mientras va siendo sometida a una prueba tras otra, a un llamado tras otro para emprender el Camino y así cumplir con la Ley de Evolución Espiritual que remite al humano hacia sus orígenes como un ser integrado. Es el “viaje del héroe” que nos relata Joseph Campbell.

En la medida que esa persona cumpla con los requerimientos de perfeccionamiento espiritual que le son indicados y exigidos veladamente, o por medio de pruebas de intensidad variable, irá pasando por las diferentes etapas de Nigredo, Albedo, Citrinitas y Rubedo. O simplemente puede ignorar todo y continuar eternamente en la Rueda de Samsara.

El segundo aspecto, y el que principalmente nos ocupa en el Programa OPI, es el del recorrido de las etapas de la Alquimia en forma consciente y a través de la necesaria ascesis, conjuntamente con la ejecución efectiva de los tres pilares de OPI: estudio, servicio y trabajo interno. Así iremos depurando todos los aspectos de nuestro ser físico y espiritual a través del trabajo sobre los diferentes cuerpos.(2)

La particularidad de esto, es que nadie sabe exactamente en cuál etapa se encuentra, y para ello debe guiarse por la simbología y por los hechos significativos que se hagan evidente en los eventos importantes de su vida. Aun así, parecería no haber una división tajante entre las etapas, y se viven instancias de una y de otras en un orden que no podemos conocer.

Y finalmente el tercer aspecto. Pocos, muy pocos hablan de esta operación. Lo hemos visto en Julius Évola (3), en el Grupo de Ur (4) y Phileas del Montesexto lo deja entrever (5). La ejecución del Arte propiamente dicho, esa misteriosa operación, siempre mencionada y muy veladamente explicada por diferentes autores a lo largo de los siglos. Esa operación que promete la maravilla de la Piedra Filosofal. Eso que permanentemente ha sido disfrazado bajo la forma de operaciones químicas con los metales y que llevó a miles de personas al extravío en la materia.

Los alquimistas han optado por ocultar su saber en un lenguaje casi críptico, misterioso. Tal vez para protegerse de las persecuciones religiosas que abundaban en los conflictos de la iglesia en el Siglo XVI. Este fue un momento de la historia particularmente importante en Europa: el hermetismo aparecía y se practicaba en todos lados, la obra de Pico della Mirandola sobre la Cábala era

bien conocida y Paracelso estaba en su apogeo. Las gentes pensaban en términos que hoy consideraríamos como holísticos, el ser humano era un todo integrado en cuerpo, alma y espíritu, y de la misma forma se consideraba a la naturaleza de la cual era parte. Pero las tensiones de la Reforma y la Contrarreforma no iban a permitir otras doctrinas que aquellas por las cuales se derramaba tanta sangre. Ese pensamiento hermetista se retiró y se refugió en círculos de adeptos, el lenguaje se hizo misterioso y sólo comprensible para quienes tenían la experiencia de la práctica. La Cábala volvió a ser asunto de los judíos, y la Alquimia... se transformó en química. La ciencia se imponía majestuosamente y el humano se fragmentó en cuerpo y espíritu. El lenguaje de los alquimistas fue cada vez más incomprensible y su Arte fue confundido, así aparecieron los “sopladores y los quemadores de carbón”, los alquimistas de la materia. Que nunca llegarían a nada significativo, más allá de unas cuantas explosiones, y extrañas hazañas que se relatan y que rayan el campo de la anécdota fantástica.

Es así que en nuestros días tenemos que leer mucho, leer entre líneas, estudiar, comparar, meditar y recorrer uno y otro autor para comenzar a comprender ese Arte misterioso.

Y cuando comienza a aparecer, resulta no ser tan extraño.

De lo que hemos podido investigar, es una operación a ser realizada mediante la práctica de meditación o prácticas similares. Y con este nombre lo mencionan autores antiguos y modernos que hablan de la Alquimia y del hermetismo.

Veamos qué nos dice Julius Evola en un par de pasajes de su obra “La Tradición Hermética”

“En Oriente se habla precisamente de un calor interior sobre el que se concentra la meditación, calor que no es ni solamente físico ni solamente psíquico, provocado por prácticas especiales, por ejemplo, la del soplo, que produce efectos especiales y favorece el estado de contemplación y el despertar del poder contenido en fórmulas y símbolos iniciáticos.”

“Después de asociar a los Filósofos herméticos con los Rosacruces, Salmon habla así de estos últimos: Se nos ha dicho que éstos espiritualizan sus cuerpos, que se transportan en un instante a los lugares más lejanos, que pueden hacerse invisibles cuando quieren y que hacen otras muchas cosas que parecen imposibles.

El abate Langlet du Fresnoy, en la Historia de la Filosofía hermética cuenta que según ellos las meditaciones de sus primitivos fundadores sobrepasaron en mucho todo cuanto se haya podido conocer desde la creación del mundo: que estén destinados a realizar el restablecimiento general del universo. No son esclavos ni del hambre, ni de la sed, ni de la vejez ni de ningún otro trastorno de la naturaleza. Conocen por revelación a aquellos que son dignos de ser admitidos en su sociedad. Pueden vivir en todo tiempo como si hubieran existido desde el principio del mundo, o como si tuvieran que permanecer en él hasta el final de los tiempos. Pueden forzar a mantener a su servicio a los espíritus y demonios más poderosos.

Y Cagliostro dice: “No pertenezco a siglo ni a lugar alguno; fuera del tiempo y del espacio, mi ser espiritual vive su eterna existencia; y si al sumergirme en mi pensamiento remonto el curso de las edades, si extendiendo mi espíritu hacia un mundo de existencia lejos de aquel que percibís, me convierto en aquel que yo quiera. Participando conscientemente del ser absoluto, regulo mi acción

según el ambiente que me rodea; mi país es aquel en que fijo momentáneamente mis pasos... Yo soy el que es..., libre y dueño de la vida. Existen seres que no tienen ángeles custodios: yo soy uno de ellos.”

“Ahora bien, para llegar a esta obra hay que tener en cuenta varias cosas.

Primero: el momento, a pesar de que se puede hacer en cualquier época; pero así como la primavera hace avanzar la obra, el frío del invierno azota el horno y afecta al fuego, que pierde parte de su fuerza, y por ello el ingenio del operador será muy necesario para ayudar al fuego a luchar en contra del frío.

Segundo: el lugar debe ser libre, secreto y apto para poder llevar a cabo todo sin ninguna molestia.

Tercero: las personas deben ser dulces, uniformes, apacibles, pacientes, constantes, hábiles y que no se contradigan mutuamente por ningún motivo de presunción, a no ser que sea para dar consejo, de acuerdo con la razón y la naturaleza”.

“Yo, según el tiempo y las circunstancias, he robado las riquezas del cielo y la tierra, de la lluvia, de los montes y valles. Me apoderé de aquello que había hecho crecer y madurar los animales salvajes de las praderas, los peces y las tortugas acuáticas. Todo cuanto tengo, lo robé a la naturaleza, pero antes de que fuera de alguien; sin embargo, tú robaste lo que el cielo ya había dado a otros hombres”.

Textos taoístas. Selección, Carlos del Tilo

“El que puede retirarse a una habitación o a un lugar tranquilo, ¿conoce su suerte y su felicidad?”
El Mensaje Reencontrado XXX: 1

[Podemos ver este cuadro con los escritos de Valois sobre la izquierda; y sobre la columna derecha las afirmaciones similares de otros alquimistas. Y podemos encontrar muchos más que nos ayudarán a comprender el Arte en la página www.elmensajeencontrado.com]

¿Por qué los alquimistas hacen tanto énfasis en el estudio de la naturaleza? En primer lugar por su concepto del TODO hermético. Pero además por su visión integral de la vida y el mundo material.

Hemos visto numerosas metáforas que aluden al crecimiento de la planta, desde la semilla hundida en lo profundo de la tierra hasta recibir la luz del sol.

O bien cuando mencionaban la identificación con la fuerza de la vida inherente a toda criatura, la fuerza primordial que hace que las cosas vivan, lo que hace que nuestro diafragma baje y suba durante toda la vida en la respiración, y lo que proporciona el impulso eléctrico para que nuestro corazón viva un latido tras otro. La misma fuerza, observando el cuadro de arriba, “...que había hecho crecer y madurar a los animales salvajes de las praderas, los peces y las tortugas acuáticas.” Y todo ello se puede lograr en un lugar “libre, secreto y apto para poder llevar a cabo todo sin ninguna molestia.”

“El que puede retirarse a una habitación o a un lugar tranquilo, ¿conoce su suerte y su felicidad?”

Estas y numerosas citas más que hemos encontrado dan la pauta de un trabajo de observación de los procesos de la naturaleza y de las prácticas de meditación, o similares a partir de la concentración. “Como abajo es arriba”. En el libro de nuestro interior están las respuestas y la materia a ser transformada. Pero sólo lo comprenderán efectivamente quienes practican esto con seriedad y regularidad.

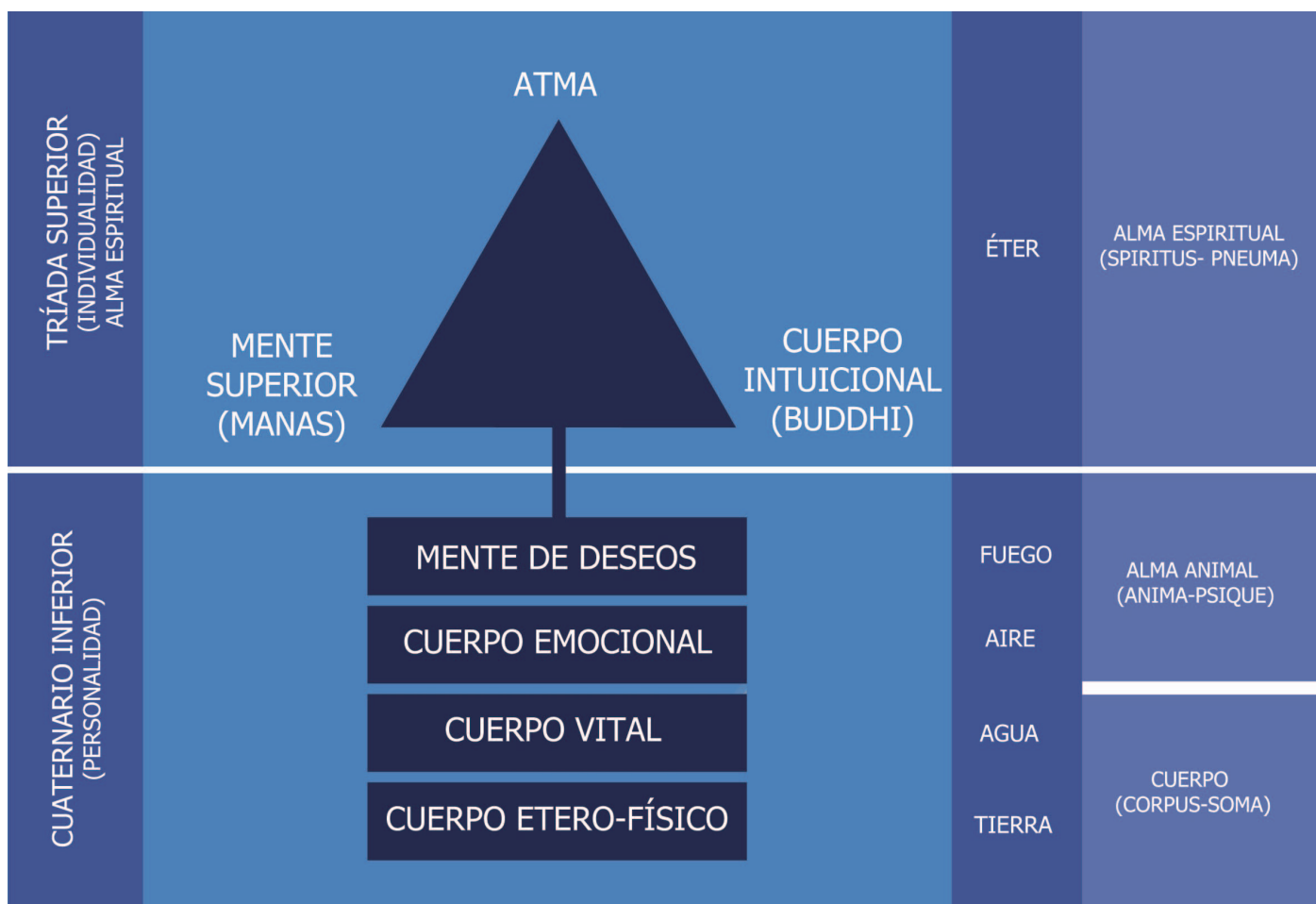
Para una mejor comprensión de lo que sigue, pensemos en la Creación como un todo, desde los

niveles iniciales del más puro Espíritu, descendiendo y densificándose lentamente hasta llegar a la materia. La famosa Caída.

Y pensemos en el ser humano, una materia que, ascendiendo, entra en ese ámbito del Espíritu y a través de una mayor sutilización llega hasta su propia alma y aun más allá, donde se confunde con el Espíritu inicial. Podemos decir que Espíritu se “es”, y Alma se “tiene”.

En algunas escuelas, se identifican estos primeros escalones del Espíritu a partir de la materia con la Personalidad, y al Alma con la Individualidad, que es un estrato mucho más elevado dentro del ámbito del Espíritu.

A los efectos de las enseñanzas contenidas en el Programa OPI concebimos esto en base al siguiente cuadro:



Donde lo que llamamos Individualidad correspondería a la Triada Superior o Alma Espiritual y la Personalidad correspondería al la Triada Inferior. En este “ambito espiritual”, por supuesto que no existen límites definidos, todo es un continuo que se densifica o sutiliza más y más.

El trabajo comienza a partir de nosotros mismos y en nosotros mismos, a partir del elemento “tierra”. Y sobre esto los alquimistas hacen énfasis, pensamos que para marcar la diferencia con un trabajo solamente de oración o invocación, es decir, algo cuyo resultado se manifiesta “desde arriba”.

A partir de una buena relajación y concentración se debe alcanzar un estado de “mente en silen-

cio”, donde hemos salido del cuaternario inferior. Lo que se pretende es alcanzar ese primer estado de disolución, cuando la percepción sensorial desaparece, cuando el cuerpo parece diluirse. Donde todo parece ser oscuro y aparecen las extrañas visiones. Este es el elemento “agua”. Eso es lo que los alquimistas llaman el mercurio, las aguas, el dragón, y muchos nombres más. Al llegar a esta instancia se puede dejar que la experiencia profundice y así nuestra conciencia literalmente volará hacia ámbitos desconocidos hasta que, por la práctica constante, se llegue a identificar el oro de los planos superiores. Es la “vía húmeda”.

Pero los alquimistas nos dan otra alternativa. En ese momento de captación del mercurio se debe “fijar”, hacer consciente la vivencia sin perderla. Hacer un acto de voluntad para aprehenderla. (No es fácil, Atalanta es rápida para huir, ¡y muy resbalosa!). Es la “vía seca”.

Y entonces comienza la lenta “cocción”. Es el momento del fuego hermético. Los fuegos herméticos son motivo de varios análisis a los cuales los hermetistas le dedican muchas líneas, y normalmente se llama de esta manera a dos cosas: primero a la fuerza de la voluntad, manteniendo firme y suavemente la experiencia en el nivel en que se manifestó, aun desarrollando y propiciando el calor interior del propio cuerpo; y segundo, a una invocación fervorosa pero también “suave y firme” para que el fuego de los mundos superiores descienda hacia el punto de nuestra experiencia. Esto puede hacerse por métodos cabalísticos, o por oración, o por el tipo de invocación que se desee. “Ora et labora”, decían los antiguos alquimistas para referir a la totalidad del trabajo que implica la Obra. Y Cattiaux, cuyos escritos son profundamente devocionales, dice que es totalmente inútil entender y realizar la Obra si no se recibe la Gracia, la bendición de Dios para su entendimiento. (6)

Otros, como Évola, proponen la “fijación” mediante la interesante experiencia de llevar la percepción de la experiencia al nivel del corazón, no al órgano específicamente, sino a la zona del corazón (7). El argumento es que la “fijación” es una identificación con lo fijado. Y es sabido que cualquier identificación que experimentamos lo hacemos percibiendo –y sintiendo– esa zona del cuerpo. Cuando nos señalamos a nosotros mismos no nos señalamos la cabeza, sino el centro del pecho. Y más allá: al experimentar la identificación con otra persona u otro ser, o aun con cosas inanimadas, lo hacemos con una suerte de proyección que parte desde el centro de nuestro pecho. Évola y sus discípulos, también proponen el desarrollo del “fuego” visualizando y conscientizando una llama que brota de la zona del corazón y que crece hasta abarcar todo el cuerpo. Hemos experimentado muchas veces estos ejercicios y podemos confirmar su muy buena efectividad. Pero todo esto es tan subjetivo, presenta tantas variantes y sutilezas en cada una de las prácticas, que bien se le denomina Arte. Difícil para el artista interpretar en forma idéntica el mismo papel, la misma melodía, reproducir el mismo cuadro. Y la “fijación” es una de las etapas que requieren más del artista.

Pensamos que esto es bastante claro, aun así, somos conscientes que para quienes no han intentado estas experiencias, esto puede resultar confuso. Pues bien, ¡es hora de comenzar! Y leer, leer, reflexionar y meditar sobre los libros de los alquimistas, por más oscuros que sean. Y buscar su revelación en las Escrituras. Estoy seguro que con la lectura de este texto se podrá comenzar.

Una vez fijada la experiencia por medio del descenso a la zona del corazón, o por cualquier otro medio que recomienden los hermetistas o que aprenda quien experimenta –nadie habla mucho

de esto, más bien nada– se continua la “cocción”, el someter al lento fuego hermético la vivencia. Otra etapa que requiere del artista.

Entonces comienza el albedo, lo blanco, que se manifiesta en visualizaciones y sensaciones, en descensos maravillosos. Y continuando la cocción arribaremos a la tercera etapa, citrinitas. Es la etapa correspondiente al elemento “aire”, o “aguas superiores”, como le llaman algunos.

Apenas unos indicios de esta etapa hemos podido experimentar en nuestro trabajo, pero la experiencia de otros continua más allá, y menciona a la última etapa, la del elemento “fuego”, llamada rubedo, etapa del fuego divino, del rubí, del rojo. Hemos alcanzado nuestra Individualidad, estamos en los planos superiores del Espíritu.

Y un poco más allá, la culminación de la Obra. El Oro. La Integración. La anhelada Piedra Filosofal.

En suma, es el viaje a través de los cuatro elementos, partiendo de la materia, de “la tierra”, de nuestra propia naturaleza, y elevándonos a través de la disolución en el “agua”, para llegar al “aire” y finalmente al “fuego”, a la luz. Tal como se realizó en el viaje de la semilla. De esta manera se llega al mundo del Alma Espiritual y estaremos integrados en forma consciente, porque hemos mantenido voluntariamente en conciencia toda la experiencia. Y así, mediante la práctica constante y reiterada, sin desmayar a pesar de los fracasos y dificultades, alcanzaremos a lograr esa integración en forma permanente, y podremos decir junto con el Apóstol Pablo “muerte, ¿dónde está tu victoria?”. (1Co 15:55)

Este es el motivo por el cual la ciencia hermética, el Arte, se mantuvo en estricto silencio a lo largo de los años: los alquimistas estaban convencidos de que una práctica constante permitía entrar

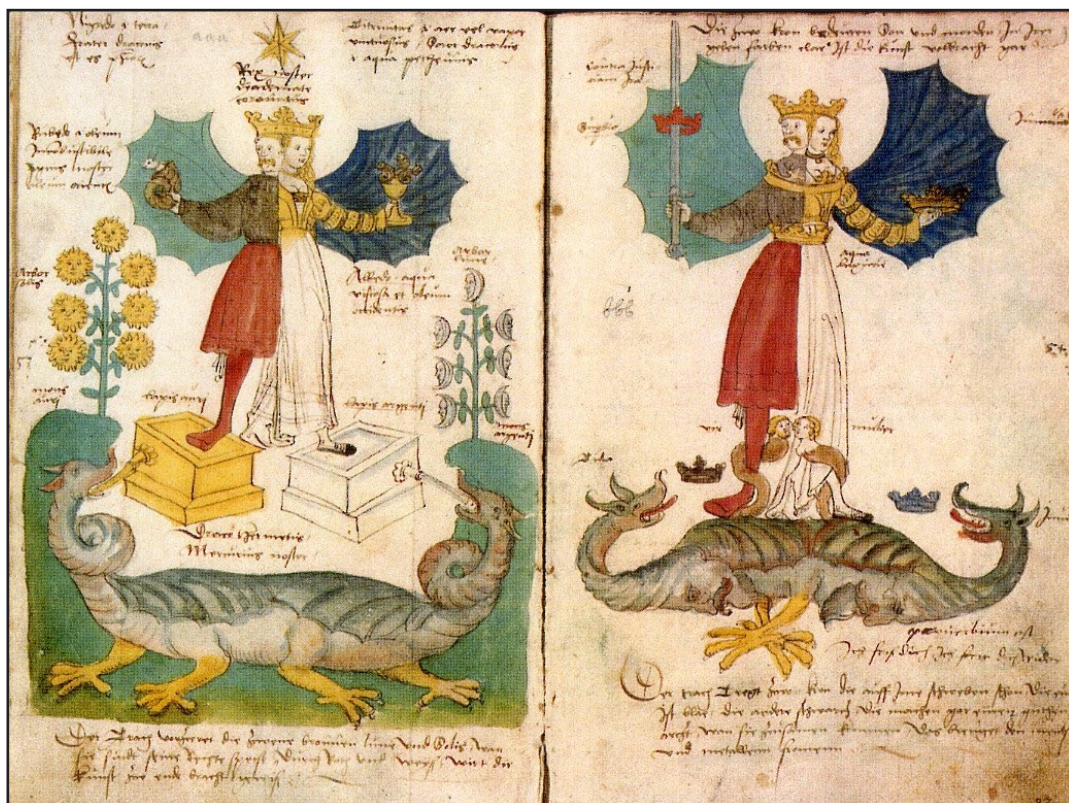


Imagen antropomófica de la Piedra Filosofal (Gentileza de ARSGRAVIS). No hay separación, es un todo integrado desde la materia hasta la culminación.

conscientemente en el ámbito post mortem, en una palabra, el Arte confería la inmortalidad. ¡No se le podía entregar a cualquiera! ¿Verdad?, ¿fantasía?, ¿suposición?, no lo sabremos hasta dominarlo. Y después de la muerte, claro.

Para una mejor comprensión de esta aseveración y para comprender todo lo que venimos hablando acerca del Arte sugerimos leer el pasaje completo en 1Co 15;44-58.

Poco, muy poco hemos hablado del Arte de la Alquimia, pero estamos seguros de que con esto todos podrán leer con mucha más claridad los libros de los alquimistas y podrán identificar claramente sus propias experiencias. Si hacen meditación, claro. Si no es así, todo permanecerá tan oscuro como siempre ha sido. Entonces retomemos el hilo de nuestro análisis.

¿Era Jesús un alquimista? ¿Practicaba este Arte que se remonta al tiempo del mito en el Antiguo Egipto?

No podemos negar que gran parte de nuestro acerbo judeo-cristiano y aun católico proviene del Egipto. Lo podemos ver en la liturgia y en numerosos símbolos. Tampoco podemos negar lo implícito –y casi explícito– en el pasaje de 1ª de Corintios que acabamos de mencionar. Una doctrina que menciona el Apóstol Pablo y que fue evidentemente recogida de las enseñanzas de su Maestro.

Pero además, son reiteradas las alusiones de Jesús a la necesaria transformación para el desarrollo de la vida espiritual así como el trabajo de ascenso y descenso según las diferentes etapas de la Obra. Tal vez uno de los más evidentes es el pasaje donde Jesús habla a Nicodemo –Juan 3:1-15– y le menciona el concepto del nacimiento del Espíritu. (también citado por Phileas del Montesepto en “El Peregrino de la Rosacruz”).

“... el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere y oyes su sonido; más ni sabes de dónde viene ni a dónde va: así es todo aquel que es nacido del Espíritu.”

Y más adelante:

“Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre que está en el cielo.”

Ni olvidemos las referencias de Jesús a “la sal de la tierra”, refiriéndose a la materia humana, y a la sal insípida, un claro símil del cuerpo desligado del espíritu vivificador (Mt 5:13, Lc 14:34-35). La sal es uno de los principios herméticos que se identifica como la quietud, la parálisis que se experimenta ora ascendiendo, ora descendiendo. El punto medio de la cruz, el punto que une el fuego del azufre con el agua del mercurio. O bien en otras referencias, a la materia, el cuerpo. También las menciones a las “aguas de vida” en numerosos pasajes, pero sobre todo por lo que implica en el relato de la mujer samaritana (Jn 4: 10-15).

“Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le pedirías, y el te daría agua viva.”

Y más adelante:

“...el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.”

O en el misterioso pasaje de Lc 17:37, donde Jesús afirma que: *“Donde estuviere el cuerpo, allí se juntarán también las águilas”*.

Lo cual podremos comprender asimilando las “águilas” al elemento “aire”.

Y por supuesto su bautismo con “fuego”. El fuego que descendió en Pentecostés.

Y así, con esta Obra, nacería el Hijo del Hombre, el ser transformado –nacido– en uno mismo y por uno mismo. Así sería llamado el nuevo ser, como fue llamado Ezequiel cuando, en estado de trance, recibió la voz de Jehová a continuación de la famosa visión del carro. (Ez. 1 y 2).

Podríamos seguir profundizando para poder concluir que Jesús enseñaba un Arte muy antiguo, un Arte que necesitaba también de una Tradición para poder entender y “recibir” su entendimiento. Con el tiempo eso llegó a nuestros días como Alquimia y Cábala. Pero es una transmisión antigua, algo que pertenece a la humanidad desde sus orígenes como criatura pensante. Es todo parte de una misma Tradición.

Si miramos con atención, el ascenso por el Árbol de la Vida corresponde a la misma operación que la Alquimia. Un ascenso en el cual, las cuatro etapas que nos propone la Alquimia corresponden seguramente a los cuatro mundos cabalísticos. Un trabajo con los cuatro elementos que se encuentran en la base del Árbol, un “caldero de cocción” en el mundo lunar de Yesod, y un fuego que desciende desde Tifaret, –el Sol, la Sefirá donde se funden los conceptos de Jesús y el Cristo–, y aun desde más allá, de los mundos indefinibles del Padre, del Gran Rostro, de Kéter.

Cábala y Alquimia no solo son parte de una misma Tradición, sino que operativamente son indispensablemente complementarias.

¿Por qué fue un cabalista judío quien le entregó el secreto de la Alquimia al gran alquimista Nicolás Flamel?, se pregunta el investigador Raimon Arola (8). Éste propone como respuesta que ambas disciplinas son inseparables para una comprensión y un trabajo espiritual.

De acuerdo, pero nosotros agregamos que el motivo es que la Alquimia también es una Tradición que se entrega boca a oído desde los tiempos del dios Toth, la Alquimia “se recibe”. La Alquimia es...Cábala. Y se extiende a lo largo de los tres Testamentos.

Es algo que fue rastreado y estudiado en todos los libros sagrados de todas las religiones; en la mitología y en la literatura, particularmente en la Ilíada, La Odisea y La Eneida, como lo demuestran los geniales trabajos de Dom Pernety en el Siglo XVII (9), Louis Cattiaux (10) y de su discípulo Emmanuel d’Hooghvorst (11), ambos en el Siglo XX.

Y aun cuando hoy día toda la información está al alcance de todos y en todo momento, la Alquimia ha permanecido hasta nuestros días como el secreto mejor guardado de todos. Y cuando es develado, pocos lo creen, es demasiado sencillo como para aceptarlo como una revelación entregada, como un tesoro.

Para finalizar podemos decir que tenemos:

-El Antiguo Testamento: la Torá. La letra muerta y los profetas, y el espíritu que le confiere el significado oculto: la Cábala.

-El Nuevo Testamento: la presencia del Mesías con el modelo crístico que propone la redención a través del cambio personal y el nacimiento del Ser Interior, del Hijo del Hombre. Y la entrega de su Cábala: la Alquimia.

-El Tercer Testamento. En nuestra Tradición judeo-cristiana, ya no están los profetas ni el Mesías, ahora nos tenemos a nosotros mismos. Y al legado de Jesús recogido por los antiguos alquimistas en un mensaje que nos llega desde los tiempos de Melquisedec y Abraham, y tal vez desde más allá aun: la realización de la Obra, del Arte, para alcanzar la integración del hombre en cuerpo, alma y espíritu, mediante el trabajo interior, por sí mismo, por su propia voluntad y en forma consciente.

Seguramente, esta es la famosa Piedra Filosofal de los alquimistas. Este es “El retorno de Henoch” de Fermín Vale Amesti, y el “Elías artista” de los rosacruces que menciona Phileas del Montesexto en el Capítulo I de su obra ya citada. Esta culminación es el nacimiento del Hijo del Hombre, el Cristo interior.

“*Estudio e investigación (Gnana Marga), Acción o Servicio (Karma Marga) y Devoción e Introspección (Bhakti Marga)*”, nos propone Phileas del Montesexto cuando nos habla de las tres virtudes primigenias de la sociedad rosacruz. Una vez más: Estudio, Servicio, Trabajo interior.

Y entonces sí sabremos que “el Reino de Dios” está entre en nosotros. (Lc 17:21).

Notas bibliográficas

(1) Este hermoso y adecuado concepto no es de mi propiedad. Lo escuché por primera vez en una conferencia del Dr. Raimon Arola sobre Cábala y Alquimia, y es un concepto que pertenece a Joaquín de Fiore (1135–1202).

(2) Para el detalle de estas etapas y de la necesaria ascesis alquímica nos remitimos a los capítulos VIII y XIX de la obra de Phileas del Montesexto, “El Peregrino de la Rosacruz”.

(3) Évola, Julius: “La Tradición Hermética”

(4) Grupo de Ur: “La Magia como ciencia del espíritu”

(5) Del Montesexto, Phileas: “El Peregrino de la Rosacruz”, página 222, último párrafo.

(6) Cattiaux, Louis: “El mensaje reencontrado”

(7) Évola: op. cit.

(8) Arola, Raimon: “La cábala y la alquimia en la tradición espiritual de occidente. (ss XV– XVII)”.

(9) Citado por Phileas del Montesexto en “El Peregrino de la Rosacruz”.

(10) Cattiaux: op. cit.

(11) d’Hooghvoorst, Emmanuel: op. cit.